

No es no

Bruce Swansey

Con una prosa consciente de sí misma, dirigida hacia la exploración de la sonoridad de la lengua y de sus juegos metafóricos, el narrador, estudioso literario y crítico teatral Bruce Swansey presenta un relato elusivo sobre los encuentros y desencuentros de la violenta vida amorosa de nuestro tiempo, a través de una percepción alterada de los elementos de la realidad.

Apareció flanqueada por sus guardaespaldas que se mueren de hastío al atardecer si no hay una víctima a mano. Ahora se cagaban sobre los muebles de la sala.

—Así que muy lista tú, muy chipocluda tú, muy acá, ¿no?

Eclipse del rostro en el sobaco.

Y en el agua se insinúa una maldición que la enturbia. Es la vigilante. La que lo escupe todo con su saliva verde. La espía. Pero las demás han escapado y ante el desastre es ella la sorprendida.

—Mira la mosca muerta...

La revisa de pies a cabeza con su mirada petrificante. Voz de fragor de piedras arrastradas por la corriente. Maldice las fuentes mentirosas de mil lenguas.

—Tu nombre.

—Señora, lo perdí.

—¿Y tú crees que yo me lo trago? Clarito sé quién eres. ¿O no Patrocinio?

El aludido chilla.

—¿Lo ves?

Calculó cuál podría ser el mejor castigo para una encubridora que la había distraído tan eficazmente con su cháchara. ¿Qué le convenía a una lenguona? La miró detenidamente. Temblaba como una hoja a punto de ser arrancada de la rama, los ojos anclados en la tierra. Advirtió el movimiento de los labios que mascullaban palabras en silencio y pensó que lo mejor era arrebatarle la voz.

—A ver Ranulfo córtale la lengua a la tapadera ésta y luego te la tragas. ¿Cómo ves?

El pajarraco desplegó la cola y disparó el pico contra el rostro de la joven con la relampagueante velocidad de una serpiente.

—No, a ver, párale a tu carro.

Algo mejor se le había ocurrido.

—Por hocicona de hoy en adelante no harás sino repetir lo que otros digan. ¿A ver?

—Posicocodoenásirannann¿erereee?

Para imponerse a la maestra le bastan los enconados ojos de sapo sobre los que se curva un par de líneas que en órbitas cósmicas le rozan las corvas.

Las estructuras cromadas de los aparatos destellan en las paredes cubiertas de espejos. En ellos también brillan fulgores equívocos, sonrisas profesionales y sudor abundante. Ebúrneas, las deidades se concentran en las rutinas que interrumpen solo para confirmar la precisión escultórica, la apretada brevedad de las cinturas, la sinuosa fastuosidad de las ancas, más enervantes que las grupas de las cebras, la pétrea perfección de los pectorales, la altiva precisión de senos hechos para embestir, muslos y bíceps masivos, espaldas y vientres en el instante de perfecta tensión: Venus y Adonis, panteón fragmentario del gimnasio y su floración de bocas jadeantes.

“*Pain is momentary, pride forever*”, reza una camiseta.

“*No pecs, no sex*”, anuncia otra, descalificadora de naufragios.

“*Just do it!*”, afirma otra, las letras en relieve sobre un pecho descomunal.

¿Dónde más podría encontrar trabajo una muchachita distraída, torpe, propiamente muda, indolente e incapaz de organizarse?

Desde su oficina panóptica el ídolo adobado lo vigila todo aun cuando habla por teléfono.

—Tú me perdonarás pero lo de Juárez se cuece aparte... Pero a ver, ¿quién es tu mera charra? Ándale. Sí. Allá nos vemos. Chaocito.

Se repantiga en el sofá, abandonándose al placer de las charamuscas. Y le indica al Doctor Piquetes con el muñón izquierdo el sitio del inminente arponazo de colágeno.

Abajo la infeliz ha instalado su enorme grabadora.
—¡Ññaao! ¡Ññaao!

Arranca Gloria Gaynor y sus órdenes se amplifican en esa especie de hangar que cubre la piscina. El eco potencia los éxitos de la música pop. De su voz queda solo un maullido enérgico que admite dos variaciones resonantes bajo la bóveda plexiglás del Leteo.

—¡Ññaao! ¡Ññaao! ¡Ññaao!

Ilustra las instrucciones con movimientos frenéticos. Se agita febrilmente como pez fuera del agua. Salta como si la atacara una nube de tábanos. Oscila militarmente a la derecha, a la izquierda. Una marioneta tironeada por la adversidad, espectáculo que nunca falla para consolar a quienes les gana el tedio.

A todas les encanta porque es un huso. Es flaca por todas. Entienden perfectamente su voz inarticulada, sus ruidos de animal cercado.

—¡Rrramññaooo! ¡Rrramññaooo!

En la piscina las diosas rebotan neumáticamente y las olas que producen ahogan a los marineros en el Helesponto.

—¿Quién está allí?

—Allí, aallííí...

Estar allí. Resbalar la mirada sobre los ojos, la nariz afilada que contrasta con la fuerza del mentón.

“¡Ay papi!”

Lo ha sorprendido. Nota su impaciencia en el entrecejo, en la crispación de la voz.

—Ah, eres tú. ¿Qué quieres? Acércate.

—Caateee... teee...

Lo mira arrobada y su inactividad lo irrita porque no soporta ese rostro compungido, la boca abierta, los ojos alucinados. Odia su pasmo. Y una torpeza que el miedo acicatea y lo exaspera aunque todavía, por instantes, le inspira alguna ternura.

—¡Ven aquí!

—Eenn... ennn... quíííquííí...

Y el galán por quien todas suspiran los domingos de asueto, cuyas fotos aparecen pegadas en las ventanas de las peluquerías, quien atrae las miradas de mujeres, hombres y quimeras, quien es para todas lo que cada una desee, se burla ignorante de que sus días están contados.

—Tin tan ton...

La pobre resuena.

—Tonn... tooonnn...

Admirándose en el estanque habla el que arrebató el aliento, al que le duele la cara en el espejo y concentrando la mirada sobre sí mismo, súbitamente expresa sus pensamientos.

—No te amo.



Agnes Cecile, *Sigue durmiendo*

—Mmo moo mooo...

—¡Mu!

—Mummum...

Huye el galán previendo la escena. Y la bella pierde pie. Siente el abismo en el estómago. Un gusano le roe el pecho.

¿Amar? Mar raar...

Amar es decir sí.

Se pasa la yema del índice izquierdo sobre el anular derecho y luego recorre la frente y nota una cicatriz.

“El sol”, piensa, arrancándose la costra.

Adentro la frase rebota distorsionándose.

—DEBsrlddeEeSerserELellSOsoLll...

El murmullo del agua precipitándose. ¡Y su carne de jazmín!

“¿Qué soy?” —pregunta.

“¿Qué soy?” —responde.

El asedio de sí misma se desata en ese instante a bordo del autobús bajo la lluvia menuda y tupida que vela los edificios. Pasa frente a muros con cicatrices deslavadas. Alguno todavía escurre una “A” que se desangra. Desde su asiento distingue bultos apresurados o pacientes y dentro se han transformado en personas a causa de su rostro fatigado. Gente que como ella haría explotar el mundo en ese instante si tuviese a su alcance un botón que oprimir y garantía de exterminio total.



Agnes Cecile, *Dibujo moderado*

Hipnotizada por el horror de la imagen ante sus ojos se desmorona interminablemente Babel provocando nubes enormes de tierra y despojos. Cae y vuelve a caer. La nube se expande ocultando el sol que destella con luz clorótica.

Camina indiferente bajo la lluvia de regreso a casa. Cada acción es mecánica, como las que repite diariamente en El Leteo. La concatenación es lo único que la mantiene atada a los días. Entre toda esa suciedad acumulada se encuentra él, cromo reflejado en el estanque de su deseo, Fabio, Mariano o como se llame. Avanza contando los escalones, repitiéndose lo que hará a continuación porque es la única manera de llevarlo a cabo.

El aguarrás en la barriga.

—Amor... mor... oor...

Suya fue esa tarde sombría y agobiante. Desapareció como cualquier cazador que viaja ligero. Y ella quedó encerrada en el tiempo instaurado por sus labios que no probaría, por la aérea ligereza de sus miembros que no acariciaría, por su perfección divina que la rechazó. Quedaron esas noches de verano en las que el cielo electrizado amenazaba ruina sin que nada sucediera salvo el cautiverio monótono mirando la colección de fotonovelas.

Suyas las noches para examinar cada milímetro de esa piel. Para ahogarse. Para repetir la misma pregunta que ya no entiende. La madrugada mezcla la oscuridad con una luz fría y la ciudad surge paulatinamente idéntica a sí misma, indiferente a cuanto había cambiado en su vida desbaratándola.

Repasa las paredes recién pintadas y se hace la ilusión de que mudando los colores su ánimo cambiará, que la gama elegida obrará el milagro de disipar su presencia, de apurar el tiempo hasta depositarla en una mañana cuando el aire esté libre de su recuerdo.

No chista. Su voz le resulta odiosa. Es la que vuelve a decir, remedo, eco de otra voz que la casa vacía amplifica.

—¡AyaaNOooYanTEoyAMyaOooo!

Tirada en el umbral entre el comedor y la cocina, desmadejada entre imágenes de labios y ojos y cabello y brazos y nariz y sonrisas y cejas, su imagen reproducida ante una fuente, en un jardín, en un salón, con distintas ninfas, al lado de alguna que otra diosa, firmando autógrafos, en la puerta de El Leteo vestido deportivamente para que ese mismo día todos se empeñen en reproducir y ella pensando lo alta que es la alacena donde guarda el aguarrás. En el aire hay aroma de jazmín envenenado.

El amor se juega entre decir sí o no.

Decir sí es el triunfo del amor, la emoción de estar los dos en la cama, la felicidad en el sofá que rechina bajo el peso de sus cuerpos nuevamente enlazados.

Pero decir no es negar el amor. No es no. Una puerta que se cierra, los puños contraídos, un saber por fin, la casa vacía.

Esas voces explican los placeres del amor. Y su dolor.

Pero el amor no está allí. Ha huido para ocupar otra cama, otro sillón ¿quién sigue?

Entonces apareció Liriope, menor en años pero mayor en arrogancia. Y examinando los muros todavía frescos, sin hacer el menor gesto por ayudarla a incorporarse, antes de desaparecer mira distraídamente la habitación.

—Tienen la tumescencia de un atún descompuesto.

La tarde del 5 de junio decidió poner fin a su derrota.

Después de varias noches de insomnio, al mediodía alargó los brazos hacia el fantasma. Pero en lugar de la imagen divina vio un rostro que la rehuía sumiéndose en el estanque y los ojos ciegos de una estatua. Quiso asir la estatua y encontró el reflejo.

Quedó cautiva entre los muros recién pintados contra los que hubiera querido estrellarse. En cambio había permanecido tirada en el mismo sitio, entre la cocina y el comedor.

Por la noche, cuando al fin el cielo se derrumbó y las gotas rebotaron en el polvo, tuvo fuerzas para prepararse un baño y meterse en la tina humeante. Primero se cortó la muñeca izquierda. La falta de dolor la sorprendió.

Luego se cortó la derecha. La asombró que su cuerpo no fuera distinto de cualquier trozo de carne, descubrimiento que le trajo una dulce tranquilidad. Quiso asegurarse de que este no sería un acto fallido y por eso se cortó también los tobillos.

Una nube expandió su púrpura en el agua clara liberándola. **u**